

de ser por estar encantada, toda fué invencion de alguno de los encantadores que al señor Don Quijote persiguen; porque, real y verdaderamente, yo sé de buena parte que la villana que dió el brinco sobre la pollina, era y es Dulcinea del Toboso; y que el buen Sancho, pensando ser el engañador, es el engañado; y no hay poner mas duda en esta verdad que en las cosas que nunca vimos: y sepa el señor Sancho Panza, que tambien tenemos acá encantadores que nos quieren bien, y nos dicen lo que pasa por el mundo, pura y sencillamente, sin enredos ni máquinas; y créame Sancho, que la villana brincadora era y es Dulcinea del Toboso, que está encantada como la madre que la parió; y, cuando menos nos pensemos, la tenemos de ver en su propia figura, y entonces saldrá Sancho del engaño en que vive.—Bien puede ser todo eso, dijo Sancho Panza; y ahora quiero creer lo que mi amo cuenta de lo que vió en la cueva de Montesinos, donde dice que vió á la señora Dulcinea del Toboso en el mismo traje y hábito que yo dije que la habia visto cuando la encanté por solo mi gusto; y todo debió de ser al revés, como vuesa merced, señora mia, dice; porque, de mi ruin ingenio, no se puede ni debe presumir que fabricase en un instante tan agudo embuste, ni creo yo que mi amo es tan loco, que con tan flaca y magra persuasion como la mia creyese una cosa tan fuera de todo término; pero, señora, no por esto será bien que vuestra bondad me tenga por malévolo, pues nó está obligado un porro como yo á taladrar los pensamientos y malicias de los pésimos encantadores: yo fingí aquello, por escaparme de las riñas de mi señor Don Quijote, y no con intencion de ofenderle; y si ha salido al revés, Dios está en el cielo, que juzga los corazones.—Así es la verdad, dijo la duquesa; pero dígame ahora Sancho, qué es esto que dice de la cueva de Montesinos, que gustaria saberlo.” Entonces Sancho Panza le contó, punto por punto, lo que queda dicho acerca de la tal aventura. Oyendo lo cual la duquesa, dijo: “Deste suceso se puede inferir que, pues el gran Don Quijote dice que vió allí á la misma labradora que Sancho vió á la salida del Toboso, sin duda es Dulcinea, y que andan por aquí los encantadores muy listos, y demasiadamente curiosos.—Eso digo yo, dijo Sancho Panza; que si mi señora Dulcinea del Toboso está encantada, su daño será; que yo no me tengo de tomar con los enemigos de mi amo, que deben de ser muchos y malos: verdad sea, que la que yo ví fué una labradora, y por labradora la tuve, y por tal labradora la juzgué; y si aquella era Dulcinea, no ha de estar á mi cuenta, ni ha de correr por mí, ó sobre ello morena. ¡No, sino ándense á cada triquete conmigo á *dime y direte*, Sancho lo dijo, Sancho lo hizo, Sancho tornó y Sancho volvió, como si Sancho fuese algun quienquiera, y no fuese el mismo Sancho Panza el que anda ya en libros por ese mundo adelante, segun me dijo Sanson Carrasco, que, por lo menos, es persona bachillerada por Salamanca, y los tales no pueden mentir sino es cuando se les antoja ó les viene muy á cuento! así, que no hay para qué nadie se tome conmigo; y pues que tengo buena fama, y, segun oí decir á mi señor, que *mas vale el buen nombre que las muchas riquezas*, encájeme ese gobierno, y

verán maravillas; que, quien ha sido buen escudero, será buen gobernador.—Todo cuanto aquí ha dicho el buen Sancho, dijo la duquesa, son sentencias catonianas, ó, por lo menos, sacadas de las mismas entrañas del mismo Micael Verino, *florentibus occidit annis*. En fin, en fin, hablando á su modo, debajo de mala capa suele haber buen bebedor.—En verdad, señora, respondió Sancho, que en mi vida he bebido de malicia; con sed, bien podria ser, porque no tengo nada de hipócrita: bebo cuando tengo gana, y cuando no la tengo, y cuando me lo dan, por no parecer ó melindroso ó mal criado; que á un brindis de un amigo, ¿qué corazon ha de haber tan de mármol, que no haga la razon? Pero, aunque las calzo, no las ensucio: cuanto mas, que los escuderos de los caballeros andantes casi de ordinario beben agua, porque siempre andan por florestas, selvas y prados, montañas y riscos, sin hallar una misericordia de vino si dan por ella un ojo.—Yo lo creo así, respondió la duquesa; y, por ahora, váyase Sancho á reposar, que despues hablaremos mas largo, y daremos órden cómo vaya presto á encajarse, como él dice, aquel gobierno.” De nuevo le besó las manos Sancho á la duquesa, y le suplicó le hiciese merced de que se tuviese buena cuenta con su rucio, porque era la lumbré de sus ojos. “¿Qué rucio es este? preguntó la duquesa.—Mi asno, respondió Sancho; que, por no nombrarle con este nombre, le suelo llamar *el rucio*, y á esta señora dueña le rogué, cuando entré en este castillo, tuviese cuenta con él, y azoróse de manera como si la hubiera dicho que era fea ó vieja, debiendo de ser mas propio y natural de las dueñas pensar jumentos que autorizar las salas. ¡Oh válame Dios, y cuán mal estaba con estas señoras un hidalgo de mi lugar!—Seria algun villano, dijo Doña Rodriguez la dueña; que, si él fuera hidalgo y bien nacido, él las pusiera sobre el cuerno de la luna.—Ahora bien, dijo la duquesa, no haya mas: calle Doña Rodriguez, y sosiéguese el señor Panza, y quédese á mi cargo el regalo del rucio, que, por ser alhaja de Sancho, le pondré yo sobre las niñas de mis ojos.—En la caballeriza basta que esté, respondió Sancho; que, sobre las niñas de los ojos de vuestra grandeza, ni él ni yo somos dignos de estar solo un momento, y así lo consentiria yo como darme de puñaladas; que, aunque dice mi señor que en las cortesias antes se ha de perder por carta de mas que de menos, en las jumentiles y asininas se há ir con el compás en la mano, y con medido término.—Llévele, dijo la duquesa, Sancho al gobierno, y allá le podrá regalar como quisiere, y aun jubilarle del trabajo.—¡No piense vuesa merced, señora duquesa, que ha dicho mucho, dijo Sancho; que yo he visto ir mas de dos asnos á los gobiernos! y, que llevase yo el mio, no seria cosa nueva.” Las razones de Sancho renovaron en la duquesa la risa y el contento; y, enviándole á reposar, ella fué á dar cuenta al duque de lo que con él habia pasado, y entre los dos dieron traza y órden de hacer una burla á Don Quijote, que fuese famosa, y viniese bien con el estilo caballeresco, en el cual le hicieron muchas, tan propias y discretas, que son las mejores aventuras que en esta grande historia se contienen.